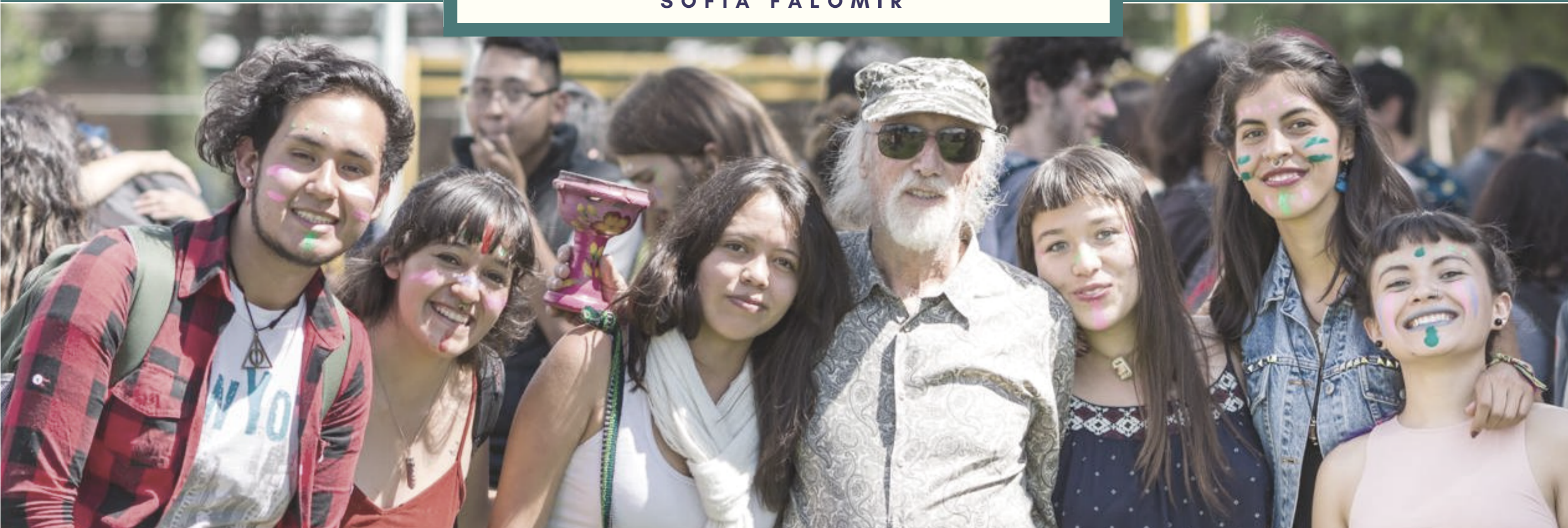


# LO QUE ME ENSEÑÓ JUAN

SOFÍA FALOMIR



Estoy aquí, a un año de su muerte, preparando un altar de muertos para Juan Pérez Quijada, antropólogo, brujo, astrólogo y queridísimo mentor. Por él escuché mentar en sobremesas -como una escucha por primera vez las cosas cuando es niña- algo sobre la ambivalencia moral de las drogas, sobre qué es el chamanismo, unas cuantas líneas en torno a Durkheim y otras tantas sobre Madonna. Un día hasta me regaló un cassette. En alguna comida me contó de la vez que usó un popote para retirar el tumor cerebral de un paciente con su guía, el Hermanito, como le llamaban, que si mal no recuerdo era la reencarnación de Cuauhtémoc.

Cuando era pequeña Juan me recordaba al Quijote, quizá simplemente porque era español y tenía una barba blanca como la de la figura espigada del caballero en la portada de mi edición infantil. Y más tarde, cuando leí a Carlos Castaneda, aquel antropólogo que devenía chamán, la asociación con Juan Pérez fue inmediata. Lo mismo con aquel homónimo suyo del que Castaneda escribe, de sabiduría a la vez portentosa y jovial: el paralelo era tan natural que no creo que alguien haya conocido a Juan o escuchado sus enseñanzas sin pensar en llamarle Don.

Pero a un año de su muerte, mientras acomodo papel picado y dos macetas con cempasúchil para hacerle un altar, pensarlo como un personaje de ficción tiene un mayor sentido de lo que creí en su momento. En parte, pienso, la personalidad y el trayecto tan "sui generis" de Juanito haría que una niña más o menos pequeña quisiera fincarlo en referentes aprehensibles: un poco Quijote, un poco Don Juan, un poco Castaneda, y otro tanto el amigo de mis padres -el mejor amigo de mi padre-: simpático, dicharachero y con mucho de lo fabulante y lo fabuloso.

Pero la asociación, me parece, va más allá. Porque hay algo que he aprendido de la ficción y la literatura que entra en consonancia con lo que creo que me enseñó Juan. Una novela, por ejemplo, no depende ni de la fe ni de la certeza; no se puede decir que un personaje es verdadero o falso, ni que existe o que no. Y como una novela o uno de sus personajes, Juan era una criatura que operaba en los límites y los umbrales.

Frente a cualquier anécdota suya se volvía ridículo ponderar si lo que contaba era "cierto" o "falso". Aquellas categorías se mostraban nimias y estorbosas de inmediato. Irrumpir con alguna insensatez sobre lo posible o lo probable habría sido tan tonto como querer entender un poema con probetas y tubos de ensayo.

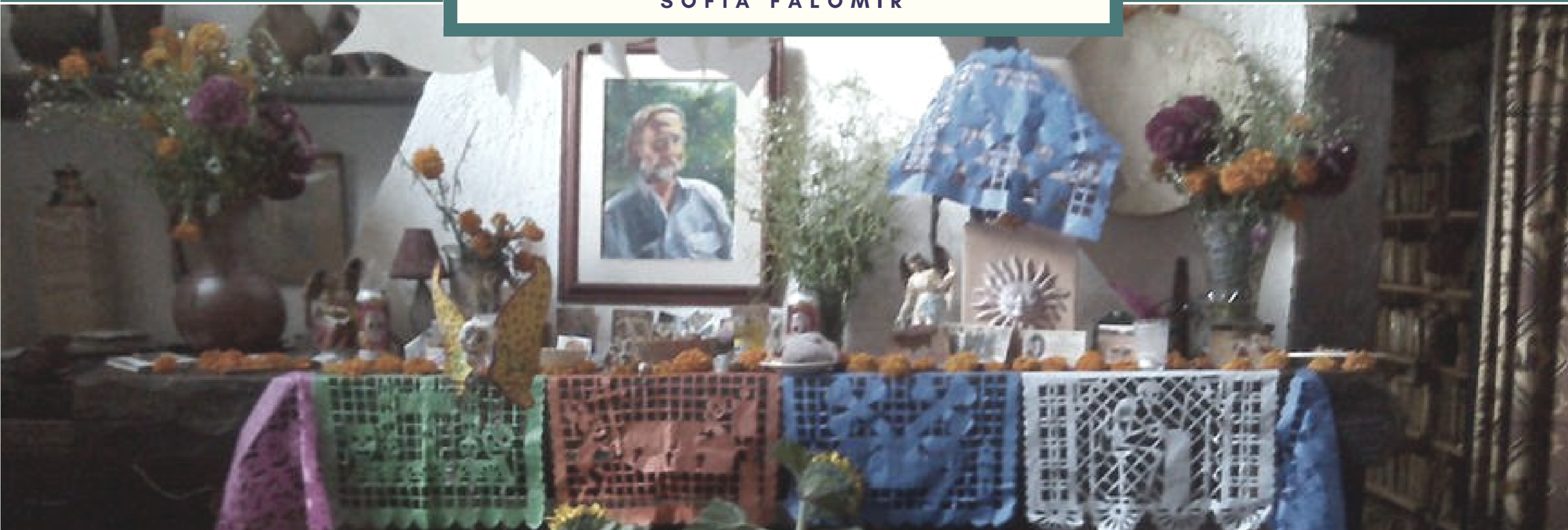
Lo que Juan hacía y decía pasaba por otro lado, y eludía intentos ramplones de catalogación. ¿Qué se le dice a alguien que transita del ritual a la sobremesa, de la astrología al chiste, de pedir la receta de algún guisado a narrar con minucia el ritual en que su mentor reemplaza un corazón humano por uno de puerco? Nada. Escuchas y platicas y te ríes con él. Y admiras su ligereza, una que hasta ahora no he visto en nadie más.

Me acuerdo de él e inmediatamente traigo a cuenta lo que Derrida llamaba la "metafísica de la presencia": aquel parámetro que divide el mundo entre ser y no ser, entre verdad y mentira, entre creencia y saber. En los lindes -siempre hechos menos por estos esquemas binarios- las categorías se organizan de un modo radicalmente otro: la ficción, el mito, el delirio, el símbolo y el ritual no están ni aquí ni allá, sino que desfondan la metafísica de occidente, pautando un juego que se da en los márgenes. Y cuando se habita en estos lindes, como hacía Juan, no hay más que una transversalidad jovial que rehuye las jerarquías y que ensambla un mundo más ameno, líquido y creativo. Todo esto antes de terminarse la sopa.

Una vez, cuando me mudé al departamento donde ahora vivo, decidí colgar un adorno que me parecía lindísimo: eran dos cornamentas de venado sobrepuestas, atadas con un hilo. El arreglo tenía algo mágico, me parecía, y además era parte de una exposición que había montado hacía no mucho con mi grupo de investigación. Creía recordar que algún compañero compró los cuernos en el mercado de Sonora.

# LO QUE ME ENSEÑÓ JUAN

SOFÍA FALOMIR



Mi madre -quien compartía con Juan un cariño mutuo muy profundo y una decidida inclinación por la brujería- puso el grito en el cielo y me dijo que quitara el ominoso adornito de la pared. Necia, yo tuve que esperar instrucciones de nuestro chamán de cabecera. “Quítenlo y envuélvanlo en una tela roja sin tocarlo; luego entiérrenlo”, indicó, con la calma y compostura de alguien que te está diciendo que tomes la primera calle a la derecha hasta topar con pared.

Un escalofrío me caló los huesos de sólo pensar que eran necesarias semejantes precauciones, pero me sorprendió mucho más no sólo la ecuanimidad de Juan, sino su apabullante sencillez y lo impávido de su buen humor. Cuando se sabe de magia de veras, me pareció, ni la magia misma puede tomarse demasiado en serio.

Fresco y alegre, Juan iba por ahí tejiendo mundos disímiles o incompatibles y llevando a la sobremesa historias del franquismo, el poder curativo de los hongos, un comentario sobre Malinowski e invariablemente algún chisme de la UAM. Porque entender que el mundo está repleto de espíritus, habitado por la presencia de los ausentes, en ningún momento cancela disfrutar, insidioso y agudo, alguna broma a expensas de alguien más.

¿Para qué ser o chamán o antropólogo, o amigo o profesor, cuando se puede uno poner todas las máscaras y ninguna, ir siempre de aquí a allá sin estacionarse, pasar más tiempo en el devenir-siempre-otra-cosa que en la lógica anquilosante de las identidades?

Sus andares mostraban, a mi juicio, que es en el cruce jovial de un ámbito a otro, en la ligereza del trayecto, que se puede verdaderamente entretejer lo práctico y lo académico y lo afectivo y lo esotérico, todo en una misma potencia vital.

Juan, como el Quijote, habitaba esta liminalidad de los espíritus o de la ficción, y precisamente por ello parecía poder prescindir del tremendo fardo que es andar por la vida preocupado y ocupado discerniendo entre lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo imaginario y lo real.

“Vamos a pintarnos unas rayitas por aquí, a dar un par de vueltas, a intercambiar unos regalos... ¡y ya!” decía en el ritual de bienvenida a la tribu que dirigía para la generación de nuevo ingreso al Departamento de Antropología. Luego, se llevaba a los iniciados por unos pulques, ataviado como estaba con un par de plumas amarradas a la cabeza y oliendo a copal.

Claro está el cliché en decir que la verdadera sabiduría recae en no tomarse a uno mismo demasiado en serio, pero ver a Juan así tan campante, borroneando categorías ontológicas sin mucho reparo, era algo tan ligero y festivo como sabio.

Naturalmente, Juan murió en día de muertos.

Tepoztlán olía todo a copal y cempasúchil y el pueblo entero rendía homenaje a aquella frontera indiscernible, tan suya, entre el destino y las coincidencias. Su casa era un templo de incienso y de flores que se mezclaban majestuosas con todos los afectos de quienes le fuimos a ver, y con todos los avatares que cada quién le depositaba, en una verdadera polifonía de ritos y de símbolos, y donde lo que nunca tuvo cabida fue la medida aburrida de la congruencia o la homogeneidad.

Su muerte, como su vida, fue simbólica. Porque eludiendo lo “real” y lo “falso”, un símbolo es lo que es, materia y circunstancia impregnada de sentido. Y hoy aquí estoy, pensando en que ni ausencia ni presencia, sino símbolo y recuerdo y enseñanza y huella, prendiéndole copal.